

Carlos J. Moneta

Japón y América Latina en los Años Noventa: nuevas opciones económicas

Editorial Planeta, Buenos Aires, 1991.

De cara al pobre rigor académico de una abundante literatura relacionada con el Japón, la obra del profesor Moneta se encumbra como un sólido y necesario análisis.

Profundamente documentada y coherente, constituye también, y este es el gran mérito del ensayo, un llamado de advertencia para América Latina, en la actual coyuntura inerme y desprovista de la capacidad de ser la artífice de su propio destino.

Ciertamente la insularidad o la búsqueda de paradigmas propios al margen de las transformaciones planetarias, resultan ser soluciones químicas cuando no fabulaciones teñidas de cretinismo.

Se trataría entonces, como bien lo ha sabido hacer el Japón, de adecuar la realidad interna a esas transformaciones. Así, por ejemplo, el MITI (Ministerio de Industria y Comercio del Japón) ha sido explícito en el reconocimiento de los fenómenos inherentes a la nueva era: la mundialización de la economía, el impacto de las nuevas tecnologías, los cambios operados en la distribución del poder mundial y la internacionalización del capital, esto es, el "neoglobalismo", modificarán sustancialmente (y han modificado) tanto el campo de acción como las modalidades de actuación de los actores internacionales. Pero el Japón no sólo ha reconocido los fenómenos sino que se ha adaptado a ellos.

América Latina, por el contrario, no logra desarrollar ni teorizaciones ni mecanismos, que derivados de aquellas, satisfagan los intereses de la región. Frente a las enormes cuotas de poder acumuladas por el Japón el subcontinente no ha podido adoptar ajustes convenientes en función de una relación armónica con la potencia asiática; relación a todas luces necesaria en virtud de su ascendente poder político y económico.

En la Era Heisei, es decir, en el período de tiempo que se inicia con la entronización del nuevo emperador Akihito ¿qué esperar de la relación Japón-América Latina?

He aquí una apretada síntesis de los principales lineamientos esbozados por el autor:

En términos generales el año 1989 continuó un proceso expansivo ininterrumpido al punto que los principales indicadores económicos señalaron índices satisfactorios, el pleno empleo y la total ocupación de la capacidad productiva, al tenor de una inflación del 2% anual, fueron el elocuente testimonio de la pujanza y solidez de la economía nipona que, una vez más, mostró versatilidad y fácil capacidad de adecuación "vis a vis" las transformaciones operadas en el escenario mundial.

En acomodo a dichas transformaciones el Japón modificó, desde 1985, la estructura de su comercio alternando la composición de sus importaciones e incrementando sus plantas en el exterior. En este sentido el bienio 89-90 representa la continuación de un proceso iniciado un lustro atrás. Por ello se estimó, pese a ciertas visiones pesimistas derivadas de la crisis de la Bolsa de Tokio, un crecimiento dinámico y sostenido a lo largo de todo el 90: crecimiento que podría verse, en la larga duración, ensombrecido por una serie de factores anejos a las transformaciones, a saber: 1) modificaciones en las tradicionales pautas corporativas de trabajo; 2) escasez de mano de obra y, de suyo, modificación del rol de la mujer en el mercado de trabajo y ampliación de la fuerza laboral inmigrante; 3) alteraciones en la distribución del poder y el sistema político; 4) continuación de las tensiones con el "amigo-antagonista", esto es, con los Estados Unidos, y, 5) impacto de la sociedad de consumo sobre las actitudes sociales.

Moneta busca clarificar los objetivos de la economía nipona en la Era Heisei. Dichos objetivos orientan nuevas pautas de comportamiento internacional y, a la vez, cambios en la estructura económica interna. Tres conceptos (sophisticación, globalización y parcial transformación del poder industrial en poder financiero) permiten identificar los riesgos y las nuevas posibilidades de la economía nipona frente a un inevitable yen fortalecido. Que el yen que tenga de manera inexorable que fortalecerse cada vez más, se compadece con la realidad de la economía japonesa y muestra, también, que el panorama mundial se transforma aceleradamente.

El Japón, por ende, deberá planear nuevas estrategias todas las cuales se inscribirán en el marco de la internacionalización de la economía y la interdependencia de las naciones. Los nuevos requerimientos incluirán aspectos tan variados como la ecología, la tecnología y la deuda externa de los países subdesarrollados, entre muchos otros.

Así, el nuevo rol del Japón en la década del noventa estará orientado a la expansión y al fortalecimiento de "un sistema comercial mundial abierto". El país ha acometido la tarea de poner en práctica ciertos ajustes y planear otros que le permitan insertarse de manera eficiente en el cambiante escenario mundial.

La multipolaridad, y con ella el fin de la bipolaridad, su cara anversa, han abierto enormes perspectivas para el Japón que redefinirá y/o ampliará su papel internacional. La emergencia del mercado común europeo y de los países PARI (países asiáticos recientemente industrializados), la unificación de las dos Alemanias así como el proceso de modernización introducido en Europa Oriental y la propia Unión Soviética, se perciben como positivos.

En relación con los casos particulares de Europa Oriental, la Unión Soviética y China, naciones cuyas economías demandarán enormes gastos en infraestructura e inversión en desarrollo industrial, las posibilidades abiertas para el Japón serán enormes porque ¿quién si no el país asiático, merced a su enorme potencial y alto grado de transnacionalización, está capacitado para participar e influir en dichos procesos?

Pero tal vez sea la política económica externa del Japón, desarrollada en el capítulo cuarto, la parte medular del trabajo de Moneta, en tanto introduce los contenidos y procesos anteriormente descritos, en el espectro económico y político mundial. Capítulo que posee el interés adicional de presentar no sólo un justificado balance de las relaciones económicas internacionales del Japón sino también, un análisis prospectivo de lo que serán sus futuras relaciones comerciales. De hecho, las variables utilizadas por el autor a lo largo del discurso precedente apuntan en un sentido: intuir de manera precisa el futuro comportamiento económico (y nuevamente político) del Japón en la década del noventa.

Este, sin más preámbulos, es el balance y las perspectivas presentadas por el académico:

1) Las relaciones nipo-estadounidenses, complejas y dinámicas, presentan un perfil caracterizado por la complementación, la cooperación y el conflicto. Si bien es cierto existe entre Japón y Estados Unidos una dinámica interacción, las fricciones entre los dos países no dejan de presentarse. Básicamente surgen como correlato de los permanentes desequilibrios comerciales que originan un constante superávit en favor de Japón. Las presiones ejercidas por los Estados Unidos han inducido a ajustes en las políticas económicas internas niponas y han coadyuvado a un replanteamiento de la estrategia exportadora japonesa cuya acción se orientó a la inversión directa de capital en los Estados Unidos. La viva presencia de Japón en este país (reflejada, entre otros aspectos, en masivas compras de bienes inmuebles y una amplia participación en las

finanzas) ha despertado resquemores tanto en la opinión pública como en las instancias de poder.

2) Haciendo eco de las transformaciones acaecidas en Europa Oriental y Occidental (apertura de los países socialistas, afianzamiento de la CEE y unificación alemana, principalmente). Japón reorienta su estrategia comercial, y es de esperar que continúe por esta vía en el futuro inmediato, a) desplazando gran parte de sus inversiones, que antes se situaban de manera privilegiada en Gran Bretaña, hacia Alemania; b) participando en esfuerzos conjuntos con los países de Europa Oriental; c) abogando por un mayor acceso de los productos nipones al mercado comunitario, acceso algo restringido en virtud del fuerte proteccionismo del bloque y d) incrementando la inversión directa.

3) El propósito del Japón por institucionalizar la Cuenca del Pacífico es la resultante de su constante aproximación y liderazgo en relación con la mayoría de los países de la zona. La vinculación de las economías asiáticas (y no sólo la de los países PARI) es un interés vital de la potencia económica.

Con posterioridad a estos análisis Moneta introduce la temática sobre las relaciones económicas entre Japón y América Latina. Las cifras y los hechos permiten confirmar que si bien es cierto que Japón participa de los asuntos económicos en los diferentes países latinoamericanos, no lo hace en la proporción deseada. Sus intereses se concentran, en relación con los países en vías de desarrollo, en los PARI (que ya han recorrido un largo camino en el proceso de complementación con el Japón) e igualmente en los países ASEAN (Tailandia, Malasia, Indonesia, principalmente).

Existe, asimismo, una profunda asimetría entre las relaciones económicas del Japón con América Latina. Su perfil es el siguiente:

1) Los desequilibrios comerciales favorecen a Japón cuyo superávit se hace recurrente con grave perjuicio para la región.

2) América Latina constituye un escaso porcentaje del total del comercio exterior nipón.

3) Existe una división del trabajo según la cual América Latina tiende a importar bienes de capital así como químicos y otros productos de alta sofisticación tecnológica en tanto exporta productos primarios y,

4) El comercio con Japón se concentra en un reducido grupo de países siendo las inversiones de capital, por otra parte, destinadas principalmente al ámbito financiero y no al desarrollo del sector productivo.

Así las cosas, podría señalarse que para Japón, América Latina constituye una región marginal. Para América Latina, el Japón es una oportunidad desaprovechada.

Finalmente, Moneta formaliza algunas propuestas dirigidas hacia América Latina a la luz de las tendencias observadas a lo largo de su ensayo. Desde la perspectiva japonesa, la región sufre tres problemas claros: marginalidad, credibilidad y viabilidad. Entonces ¿cuál sería la estrategia para atraer el interés del Japón, una nación que tiende a consolidarse como el mayor proveedor mundial de capitales y, asimismo, como el mayor acreedor?

Es claro que el continente se encuentra en un momento en que los procesos de ajuste y reestructuración interna se hacen homogéneos (por ejemplo: políticas de Menem, Salinas de Gortari, Gaviria y Pinochet) acorde con las nuevas modalidades de inserción externa derivadas del proceso mundial. Lo anterior, empero, en ningún momento implica sacrificar los esfuerzos de integración regional. Conjugar ambos esfuerzos —la inserción internacional o apertura, con la integración— debe o parece ser la dirección adecuada. "Regionalismo abierto", en palabras del autor.

Que el acceso a los mercados de la CEE y los Estados Unidos se verá cada vez más restringido, en razón de las transformaciones mundiales, resulta ser una percepción exacta. Se infiere, por lo tanto, y esta es la gran conclusión de

la obra, que existe la imperiosa necesidad de vincular la región con los mercados tanto de los países más dinámicos de Asia como del propio Japón.

Un error de ligereza: ausencia de la bibliografía utilizada, al final del texto. Las notas de pie de página, por otra

parte, muchas veces no cumplen con la doble finalidad de orientar al lector, por una parte, y permitirle corroborar la veracidad de la información, por la otra. Dos ejemplos: en el cuadro titulado "estimaciones de variación del crecimiento del PIB" la fuente, ambigua, es: "diversos documentos de centros y bancos citados". Más adelante

una nueva cita, sencillamente dice: "Ministerio de Industria y Comercio del Japón".

Germán Dobry Dimenstein, Historiador, investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.